

Un título que agrada al corazón:

La Dama de las Camelias

Una *Margarita Gauthier* inolvidable:

Francesca Bertini

Un *Armando Duval* perfecto:

Gustavo Serena

He aquí el próximo número de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Precio popularísimo, en atención a nuestros
numerosos lectores: **25 CÉNTIMOS.**

Postal-fotografía regalo:

GEORGE HACKATHORNE

La narración del argumento de esta película—
que pronto se volverá a proyectar en toda
España, con todos los honores que se merece
—será hecha con todo el esmero y buen gusto
posibles, para que su lectura sea ideal en
el seno de todas las familias, donde con tanto
entusiasmo ha sido continuamente acogida

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Sale todos los miércoles. — Precio: 25 cts.

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 119

25 cts.



**EL ARTE
DE SER
DISTINGUIDA
Y ENCANTADORA**

por
Wallace Reid

y **Lila Lee**
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 119

**EL ARTE DE SER
DISTINGUIDA
Y ENCANTADORA**

Finísima comedia americana, insuperablemente
interpretada por los simpáticos artistas
LILA LEE y WALLACE REID

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FRITZI RIDGEWAY



El arte de ser distinguida y encantadora

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TÍTULO

Solamente hay una cosa que haga olvidar a un hombre el desayuno todos los días por espacio de seis meses, y esta cosa es el AMOR.

Agustín Bevans, un excelente vendedor de automóviles, cuando no mezclaba el Amor con la Gasolina, andaba completamente desorientado por las malas tretas de Cupido, desde que vendió un auto a cierta dama de la alta sociedad americana, Señora Rolles, mamá de una preciosidad de muchacha, Susana, aleccionada por la que le dió el ser para hacerse amar solamente por razones... de cifras de un millón para arriba.

Bevans, a pesar del poco afecto que le dispensaba la señora Rolles, seguía visitándola con el exclusivo objeto de ver a Susanita, pero aquella ya no estaba más dispuesta a tolerárselo. Avisó, tan pronto hubo resuelto no recibir más a Bevans en su casa, a su hija para los efectos consiguientes, prohibiéndola en absoluto que hablase en lo sucesivo con él.

Susana, que era sumisa a la voluntad materna, se resignó, un tanto disgustada, pues el pretendiente no era vulgar, físicamente hablando, a darle la despedida en forma discreta; y, cuando Bevans llegó aquel día, como los anteriores, a media tarde, a la casa de la señora

Rolles—a la que él entró por una ventana, en vista de la oposición de penetrar por la vía normal que le hizo el criado de aquella, el cual recibiera las debidas instrucciones en tal sentido—, Susana le dijo:

—Mamá no me permite que usted me vea. Dice que no tiene usted ni posición social, ni perspectiva de ninguna clase.

—Conque no tengo, ¿eh? De un momento a otro me van a nombrar gerente de una de las sucursales de la plaza.

El criado encargado de impedir la entrada de Bevans en la casa, advirtió que éste había burlado su vigilancia, y puso al corriente a la señora Rolles de la nueva entrevista de aquél y Susana.

La mamá, molestada por el excesivo atrevimiento de Bevans, hizo que su hija la dejase sola con él, y ambos así dialogaron:

—Mi criado ha debido decir a usted, que yo no estaba en casa. Usted ha debido comprender, que cuando la gente dice que no está en casa, eso significa que no quiere verle a uno en ella.

Bevans prefirió sonreirse a mostrarse moralmente herido; y dijo a la dama:

—Siento mucho que no haya nada en mí que sea del agrado de usted.

La réplica era de buen tono. Reconociéndola tal, la señora Rolles fué menos severa, pero idéntica en franqueza durante el resto de la conversación:

—Debo admitir que es usted... ¿cómo diré?... es usted interesante.

—No seré uno de esos figurines de salón, pero sé vender automóviles.

—Bueno... bueno...

—Ayer vendí un auto al mayor enemigo de ellos que

hay en el mundo: Homero Johns, Presidente del Banco General de Cereales.

En ese momento, en la mente del referido señor aparecía la figura de Bevans, por habersele parado el auto en mitad de un paseo, víctima de una misteriosa *panne* del motor.

—Ese vivo me ha dado gato por liebre—refunfuñaba el citado señor, maldiciendo todos los vehículos mecánicos.

Y, la señora Rolles, contestaba a Bevans, deseando que se marchara sin más tardar:

—Le concedo a usted todo el talento que quiera, y, por eso, opino que un joven como usted debería tener por lo menos una parienta de edad respetable... con dinero.

—La única parienta que tengo en el mundo—prosiguió Bevans—es una tía sin grandes recursos. Es propietaria del Colegio Bevans para Señoritas, y lo dirige personalmente.

—¿El Colegio Bevans?...—repitió la señora Rolles.—Tuve la intención de enviar a Susana a ese colegio, pero me pareció que perdían el tiempo en él enseñando a las niñas geometría en vez del arte de ser distinguidas y encantadoras.

Bevans, muy oportuno, apeló a la galantería para atraerse a la señora Rolles, manifestándole:

—Usted podría ganar el dinero a carretadas enseñando a las muchachas el arte de ser distinguidas y encantadoras. ¡No hay más que ver a Susana, para comprobar que es usted maestra en ese arte delicado!

El halago ruborizó de gusto a la señora Rolles, quien, no queriendo que Bevans sacara provecho de ello, llamó a su criado para que le acompañara hasta la puerta.

—Pero, señora, ¿se enfadó usted conmigo? No sea usted mala...

—¡Juan!—volvió a llamar la madre de Susana.

El criado invitó varias veces a Bevans a *ser acompañado*, pero otras tantas veces éste se hizo el sordo.

—Pero, señora, ¿hasta tal grado le desagrada mi presencia?... ¿No le importa a usted la felicidad de su hija?

—Realmente, le echaré a usted de menos tanto o más que Susana... cuando deje de venir por esta casa.

—Pero yo no tengo intención de dejar de venir por esta casa.

—Bueno... quiero decir... cuando usted deje de entrar en ella.

El criado, incitado a ello por las miradas de la señora Rolles, empujó delante de sí a Bevans obligándole a despedirse.

Sin embargo, Bevans no quiso someterse al deseo de la orgullosa dama, de que él saliera por la puerta de la casa para no volver a pisar su umbral, y se fué—sin sentirse desgarrada el alma—por donde había venido: por la ventana.

En la agencia de automóviles, en la cual Bevans debía estar hacia ya más de dos horas, el director principal hablaba con una señorita de esas que, a los cuarenta años, en vista de que se quedan para vestir santos, abogan por la independencia de la mujer, y se dedican al comercio o a la industria.

El tema de la conversación era Bevans.

—Bevans hubiera sido un buen gerente, pero es tan inquieto que no puede uno fiarse de él. Ahora mismo, ¿ve usted ese señor?, pues está reclamando contra él, seguramente porque, una vez conseguida la venta de un automóvil, habrá dejado de visitarle para darle algunas explicaciones acerca del manejo del mismo. He decidido, pues, darle a usted este puesto de jefe de sección.

Confío en que demostrará usted en él toda su iniciativa.

—Descuide usted, señor.

—Conviene que empiece usted a trabajar con el señor Bevans. A propósito, aquí está.

Homero Johns, que lo esperaba, le sermoneó un buen rato acerca de la avería que había sufrido el auto que le vendiera, pero Bevans supo esquivar las responsabilidades y le llenó la cabeza de referencias de primer orden de los coches de la casa, y logró, si no convencerle, por lo menos que se marchara a protestar a otra parte.

Homero, no comprendiendo cómo Bevans conseguía dominarle, salió disparado de la tienda, exclamando al hacerlo:

—¡Yo creo que estoy loco!... ¡Usted ha debido hipnotizarme, por lo visto!

Bevans se quedó tan fresco y se dirigió a su mesa-despacho para dar curso a los nuevos asuntos que se hubiesen presentado.

La señorita encargada lo miró de pies a cabeza con reproche por haber llegado tarde.

Bevans, extrañado de ver en su departamento de ventas a una mujer, comentó con el director, que era su amigo, cuya mesa-despacho casi tocaba la suya:

—Es el método moderno... Lo que los colegios hacen ahora por las mujeres... Las mujeres no debían meterse en negocios. El único negocio de ellas es saber ser distinguidas y agradables. ¡Bah! Voy a leer estas cartas...

El director se sonrió pensando en la poca gracia que le había hecho a su amigo el empleo concedido a la criticada señorita, mientras Bevans rasgaba los sobres de su correo y se enteraba de sus contenidos.

Hubo un corto silencio, que rompió la voz de Bevans.

—¡David, he heredado un colegio!—notificó a su amigo.

—¿Qué clase de colegio?—preguntóle, incrédulo, David.

—Un colegio estupendo... El de mi tía. Ha fallecido, la pobre... He aquí lo que me dice el notario:

Como es usted el pariente más cercano, hereda usted sus propiedades, a saber: El Colegio Bevans, de Señoritas, que comprende diez acres, con todos sus edificios, incluso la casita particular de la señora Bevans, muebles, etcétera.

Sírvase comunicarse conmigo inmediatamente, y me ofrezco suyo affmo. s. s.

J. H. Walkes.

—¡Demonio! ¡Tú propietario de un colegio de damiselas!...

—Sí, chico: aquí tienes al futuro director de un colegio a la moda, el apoteosis de lo «chic»... Con cincuenta alumnas de quince a veintidós años.

—Indudablemente es una muy agradable herencia.

—Una herencia que bien pudiera ser una mina de oro... Sí... la mamá de Susana, esa linda criatura que ha venido aquí varias veces, me ha dado una idea estupenda. Voy a convertir ese colegio en una Academia de la Distinción y del Encanto femeninos.

—Si te pones al frente del colegio, las mamás retirarán de él a sus hijas. ¡Eres demasiado joven!

—No lo creas... Y me parece que sé de una persona que me facilitaría unos miles de dólares para desarrollar esa idea del colegio de la Distinción y del Encanto. Me marcho a mi casa en seguida, para meditar con tranquilidad sobre este importante asunto.

La señorita, bajo cuyas órdenes tenía que trabajar de aquel día en adelante, le preguntó:

—¿A dónde va usted?

—(¡Vaya un guardia!)—murmuró Bevans.

Y, enemigo de la superioridad femenina, le contestó indiferente:

—Voy a tomar mi lección de gramófono.

Después de pensar bien las cosas, Bevans, llegada la noche, salió de su casa en dirección a la de Homero Johns, el hombre que, según él, podía ayudarle.



Agustín Bevans.

WALLACE REID

Este señor, amante de las buenas costumbres, saboreaba, después de la cena, la paz de una hora tranquila, no turbada por nadie.

Pero, aquella noche, la visita de Bevans le obligó a hacer una excepción a la regla digestiva.

El criado anunció al visitante.

—El señor Agustín Bevans... Dice que le vendió a usted un automóvil, señor.

—¡Ah! Es aquel joven... ¿Qué es lo que quiere?... Dígame que pase.

—Buenas noches, señor Johns.

—Buenas... ¿qué desea?

—No le molesto, ¿verdad?... No temo equivocarme abrigando la confianza de que es usted una bellísima persona, en toda la acepción de la palabra. Esta es la impresión que recibí la primera vez que le vi.

—Adelante.

—Sí... ya... ya se ve que usted no es amigo de adulaciones... Yo tampoco... Pues... diré a lo que he venido... Necesito que alguien me preste diez mil dólares.

El señor Johns se sorprendió.

—¿Y por qué viene usted a mí?

—Pues, porque creo tener el don de convencerle... He heredado un colegio de señoritas, y quiero ampliarlo, desarrollarlo, hacerlo famoso, ¿comprende?

El señor Johns escuchaba a Bevans, fumándose un oloroso cigarro, y no se explicaba cómo podía soportar que se le estorbaba en la mejor hora que dedicaba al descanso.

Entretanto, Susana hablaba con su madre de su pretendiente sin posición social.

—El pobre Agustín tiene el presentimiento de que algún día manejará el dinero a espaldas—decía la joven a la señora Rolles.

—Quizá sea verdad. Es posible que algún día sea minero, en unas minas de oro, con cinco o seis dólares de jornal—burlábase la interesada madre, agregando muy seria:—Te he enseñado a ser distinguida y encantadora. No debes de ningún modo desperdiciar ese arte en un Don Nadie.

La entrevista que celebraban desde hacía media hora aproximadamente el señor Johns y Bevans, iba al parecer por buen camino.

El primero se interesaba por la idea del segundo, y llegaron ambos a hablar de realizar el proyecto.

—Si puede usted apartar de la mente de todas esas muchachas la insensata idea de los negocios, tendré mucho gusto en prestarle esos diez mil dólares—contestó el señor Johns.

—Esa es precisamente la más importante reforma que quiero hacer en mi Colegio.

—Apruebo entonces de todo corazón sus ideas, joven; y le advierto que mi nieta es una de las alumnas de ese colegio.

—¡Qué casualidad!

—Venga usted a buscarme mañana por la mañana. Iremos hasta allí en auto, ¿eh?

—Si no le importa, usaremos mi coche.

—Me es igual... Es usted un pillo... Tiene más confianza en su auto que en el saldo que usted me ha obligado a comprarle.

—No tanto... no tanto... señor Johns.

Al día siguiente, el señor Johns y Bevans llegaron al colegio que pasaba a manos del joven.

Entre las varias especialidades del colegio la que más había de salir perjudicada era la de la Carrera Comercial, pues sin suprimirla por completo, se restringiría el tiempo destinado a su estudio.

Entre las que se encontraban aquel año luchando a brazo partido con la Partida Doble, figuraba la nieta del señor Johns, Elisa Benedotti, una muchacha muy simpática.

Sally Boyd, compañera de habitación de Elisa, era la

que más honor hacía al colegio, pues pesaba sus ochenta kilos completos.

La señorita Hayes, subdirectora del pensionado, sería tal vez una mujer muy aceptable si no tuviera la odiosa pretensión de tener aspecto varonil. Maestra severa, con un genio de todos los demonios, pocas simpatías contaba entre sus alumnas.

La profesora que seguía en grado a la subdirectora, una señora cargada de prejuicios, años y paciencia, se lamentaba del cambio de dirección que iba a experimentar el colegio.

—¡Pensar que un hombre viene a ponerse al frente del colegio! ¡Es inaudito!... ¡Si la pobre Sofía Bevans levantara la cabeza!

El sonido de la bocina del auto de Bevans interrumpió las clases en curso, pues todas las señoritas, con sus profesoras a la cabeza, fueron a recibir a los visitantes.

La subdirectora confundió a Bevans con un *chauffeur* y al señor Johns como director del Colegio, y se le quitó un enorme peso de encima. Afortunadamente—pensaba—, el señor Johns era un hombre de edad que infundía respeto.

Y es de imaginarse la cara que puso la señorita Hayes, cuando el propio señor Johns le presentó a Bevans como propietario del colegio.

—Soy el señor Johns, abuelo de Elisa Benedotti. El señor Bevans es ese.

Las dos profesoras se cambiaron asombradas miradas, reconociendo que Bevans era demasiado joven... y apuesto para regentar un colegio de niñas que ya no eran niñas.

Las señoritas no le quitaban ojo y todas, todas—porque no hay una sola mujer que no sea coqueta—, procuraban ponerse en evidencia para que él las admirase.

—¡Oh, Hortensial ¡Qué guapo es!—murmuró una voz más atrevida que la de sus compañeras.

Bevans no prestó atención a las desconcertantes miradas de las señoritas, y rogó a la subdirectora que todas las educandas se reunieran en el salón de conferencias, donde les dirigiría una alocución.

Hasta la criada suspiró por Bevans y de buena gana cambiaría la escoba por ser su esposa, segura de hacer negocio en la permutación.

Elisa había abrazado ya a su abuelo, el señor Johns, pero aun no había visto a Bevans, por haberse separado éste de aquél para ir con la subdirectora, hacia el interior del colegio.

Fué en la sala de conferencias donde Elisa lo vió... y ella, como las demás, quedó gratamente impresionada.

Las señoritas temían que la señorita Hayes fuese nombrada directora, pues era una grullona insoportable, y esperaban la confirmación de su temor de labios del nuevo propietario del colegio.

Júzguese, pues, de la felicidad de todas ellas, cuando oyeron la presentación que del joven hizo la subdirectora:

—Señoritas: les presento al señor Bevans, que desde este mismo instante se encuentra al frente de este colegio.

Agustín se levantó y, tras de un delicado saludo a las flores de la primavera de la vida representadas en las gentiles colegialas, les habló de sus proyectos de reformas de leyes antiguas que los tiempos modernos obligaban a desaparecer.

—... Y por eso, mi intención es introducir en los estudios una asignatura especial, a la que se dará la mayor importancia posible. Quiero infiltrar en los métodos educativos de las jóvenes un poco de idealismo,

¿comprenden?... Se trata de enseñar a ustedes el arte de la distinción y el encanto femeninos... Yo no quiero que mis niñas sean abrumadas por la aridez de los conocimientos científicos y mercantiles, a expensas de las gracias y de los encantos que debe poseer la mujer.

Si hubieran osado, las colegialas hubiesen aclamado, entre vítores y aplausos frenéticos, al brillante defensor de su causa, pero... ¡ay corazón!... se limitaban a contemplar a su héroe... y todas le amaban.

Sin embargo, dos luceros más brillantes que ninguno, se fijaron amorosos en los ojos de Bevans, y éste sintió la fuerza de sus miradas, correspondió a ellas, agradecido y emocionado, y la doncella enamorada entornó el sol de su cara...

Ella, era Elisa, la nieta del señor Johns, a la cual Bevans no conocía aún.

Después de una ligera suspensión, el orador prosiguió su alocución.

—En adelante nuestro colegio no aceptará alumnas que no sean susceptibles de adquirir los supremos dotes de la gracia, de la simpatía y de una encantadora distinción.

Y terminó:

—Esto es cuanto, por hoy, tenía que decirles a ustedes.

Las colegialas abandonaron la sala de conferencias comentando apasionadamente las laudables innovaciones que el nuevo y simpático director quería hacer en el programa escolar, deseando, cada una por su lado ser la preferida.

Una había que ansiaba ser la «única».

Una vez solos la subdirectora y Bevans, la primera puso reparos al proyecto del segundo.

—No puedo aprobar sus ideas respecto a la educa-

ción femenina. Las mujeres están demasiado inclinadas; en estos tiempos, a agradar a los hombres.

—¿Se propone usted, pues, dejarnos?—preguntóle Bevans, que no se opondría a ello, pues no le era precisamente agradable la semimujer y semihombre.

—¡Oh, no!... Tengo un contrato por tres años—respondió la subdirectora.

—(Eso te salva)—murmuró, para sí mismo, Bevans.

La segunda profesora vino a interrumpir la discusión de ambos, para decir a Bevans que una alumna, la regordeta Sally, lloraba con desconuelo, porque creía que él se había referido a ella directamente cuando habló a las colegialas de las condiciones que tendrían que tener las alumnas.

Bevans se prestó a consolar a la cuitada muchacha, y a sus lamentos respondió con una promesa de dedicarle una especial atención para transformarla por medio de ejercicios gimnásticos.

El señor Johns veíase precisado a regresar a la ciudad y Bevans, que no había ido al colegio para quedarse desde aquel día, regresó con él.

Antes de partir, la subdirectora rogó a Bevans que mandase al colegio un profesor de contabilidad, aunque no fuese más que un día a la semana, pues el titular se había despedido el día antes, y como quiera que el señor Johns se encargaba—como socio que era de Bevans—de escoger el joven adecuado, entre el personal de su Banco, la señorita Hayes llegó a molestar al rico financiero con sus recomendaciones de que el tenedor de libros fuese una persona muy formal, porque tenía que dar a las de último año lecciones individuales.

Bevans no pudo ser presentado a la nieta de su socio—porque ella procuró despedirse de su abuelo cuando él no estaba a su lado—, pero al desembragar el auto

ella apareció, hizo por manera de ser vista por Bevans, y entonces se ocultó, de sus compañeras, pero no de la vista del nuevo director, detrás de un árbol, y poniendo en su gesto toda su alma, depositó un beso en la yema de sus dedos, y se lo envió por el viento...

Las demás colegialas envidiaban la suerte de Sally, por haber sido la primera a quien Bevans había dirigido la palabra.

Y Sally engordaba más, lo cual no era precisamente lo que le convenía...

* * *

Al final de la semana, en domingo, Bevans, trasladado a su casita del colegio, arreglaba las cosas a su gusto, incluyendo un retrato de la distinguida y encantadora Susana Rolles, a quien no había vuelto a ver.

La tranquilidad de su retiro vino a ser perturbada por la presencia de la subdirectora, quien llegó con un periódico en la mano.

—¡Esto es un ultraje! ¡Está usted echando abajo este colegio modelo, espejo de las buenas y puras tradiciones!—le censuró, refiriéndose a un anuncio que Bevans había hecho publicar para recibir ofertas de servicios de profesores de ambos sexos para Natación, Danzas clásicas, Cultura física, Gimnasia Sueca y Esgrima.

—No se ponga usted así, señorita... Yo ya sé lo que me hago. Ya verá usted como dentro de poco tendré una lista de solicitantes más larga que la cuaresma. Escojeré los mejores profesores y las alumnas afluirán a mi colegio como las abejas a su colmena.

Elisa había sido invitada a pasar unos días en casa de su amiga Sally Boyd, y el hermano de ésta, Jorge, creía llegado el momento de verse correspondido en su amor por ella.

Los padres de Sally y Jorge, discutían acerca del nue-



Elisa... no dispuesta a que la madre de Sally se llevara la rosa, se la quitó, volviendo a colocarla en el florero, en un momento de distracción de Bevans.

vo director del colegio donde iba la primera, y preguntaron, algo inquietos:

—¿Tiene buena facha?

—¡Oh, sí!—respondió Sally.

Y Elisa recalcó:

—¿Buena facha?... ¡Es el hombre más guapo que he visto en mi vida!

Jorge, celoso ya, protestó:



—No se ponga usted así, señorita... Ya verá usted cómo dentro de poco tendré una lista de solicitantes...

—¡Eso es disparatado!... ¡Espero que no estarás dispuesta a tolerarlo, mamá!

—¿A no tolerar qué, Jorge? ¿Que el señor Bevans sea tan guapo?—dijole Elisa.

—No, a no tolerar que Sally vuelva allí. Y también debería aconsejar lo mismo a tu abuelo, Elisa.

—¡Oh, mi abuelo está loco por el señor Bevans! ¡No

le he visto jamás demostrar por nadie tanto afecto y entusiasmo!—exclamó Elisa, haciendo morderse los puños de rabia a Jorge.

Entretanto, en el colegio, la subdirectora, que tal vez ardía también en deseos de que Bevans se enamorase de ella, no le dejaba un minuto en paz, discutiéndole cada nueva idea, aunque era baldío su criterio.

Bevans se complacía en sulfurarla con sus censuras a la mujer demasiado instruida, y le repetía que iba a inculcar a sus alumnas la idea de que una instrucción demasiado profunda y extensa es vanidad, pura vanidad; mientras que la distinción y el encanto son cosas indispensables para la mujer.

Al día siguiente, o sea, el lunes, el señor Johns encargaba a su cajero que eligiese un joven competente formal para ir a dar lecciones de teneduría de libros al colegio Bevans, y Jorge, que trabajaba en el Banco, y que oyó el encargo, se presentó al citado cajero ofreciéndose para el aludido cargo.

Jorge obtuvo la plaza, y su satisfacción era grande. ¡Cómo no, si veía continuamente a su pretendida Elisa!

En pocos días, el antiguo colegio Bevans se transformó y conoció una nueva y extraña vida, la cual por nada cambiarían las colegialas por la de antes.

Todo había sido dirigido con mano de maestro, gracias al buen gusto de Bevans.

Y todas las cosas no podían ir mejor, porque la severa mirada del director—muy consciente de su misión—estaba en todas partes.

Como correspondía a su cargo, Bevans no tenía predilección por ninguna señorita, por monísima que fuese, y lo único que se permitía, era pensar, más a menudo que de vez en cuando, en el rostro angelical que tenía por ojos dos surtidores de poesía...

Ella era Elisa, cuyo corazón ya no era todo suyo.

Las profesoras—por envidia y por espíritu de censura también—habían observado la melancolía de Elisa, y su alegría cuando estaba cerca de Bevans; y aprovechaban, cualquier pretexto para dar a entender al director que ellas sabían los estragos que él causaba en el corazón de la colegiala, para inducirlo a que renunciase a su cargo, o cuando menos a que fuese un hombre in-



Una nueva reclamación de las profesoras, esta vez acerca de la mala letra de Elisa, sí que también de su atrevimiento en escribir con tiza en el tablero *Yo amo...*

conmovible, rígido y frío como una estatua.

Una nueva reclamación de las profesoras, esta vez acerca de la mala letra de Elisa, sí que también de su atrevimiento en escribir con tiza en el tablero *Yo amo*, obligó a Bevans a llamar a la alumna a su despa-

cho para, de acuerdo con las profesoras, reñirla y aplicarle el debido correctivo.

Aquel día, era día de visitas. Varias mamás de otras tantas colegialas, se interesaron cerca de Bevans por la conducta de sus niñas.

A todas las encopetadas damas, Bevans las tranquilizó, halagándolas encima.

Su frase única y permanente, era la siguiente:

—¡Oh, señora, ya lo creol... ¡Tiene usted una hija excepcional! No pertenecería a esta institución si no lo fuera... si fuera una vulgaridad cualquiera.

La última mamá que visitó el Colegio en aquella fecha, fué la de Sally Boyd.

Por consideración especial, Bevans dió más larga audiencia a esta señora, y no le pesó, pues supo que Jorge, su hijo, el nuevo profesor de teneduría del colegio, opinaba que no debía permitirse que Sally fuese a un colegio dirigido por un hombre tan... joven.

—Eso es cuestión de carácter, señora, no de edad. Todos los Barbazules de la historia fueron hombres de edad madura—le respondió Bevans.

La madre de Sally, *convencida*, y reconociendo que en realidad Bevans era un joven muy serio... y mucho más guapo, ahogó un suspiro, recordando otros tiempos, y, de pronto, fijándose en una magnífica rosa que se asomaba por el cuello de un florero colocado encima de la mesa-despacho del director, exclamó.

—¡Ah! ¡Una ofrenda de una alumna!

Bevans—que no sabía cómo había llegado allí esa flor (ignorando que Elisa, después de la clase de gimnasia, se había deslizado hasta su despacho para depositarla en el pobre florero repleto de puntas de cigarrillo)—tomó la rosa y se la dió a la dama.

—¡Oh, qué amable!—murmuraba ésta al tiempo que se despedía de Bevans y prendía al cinto dicha flor.

Elisa, que esperaba, a la puerta de la dirección, la oportunidad de que Bevans estuviera solo, para entrar, vió a la madre de Sally... la rosa que ella destinara al joven, y no dispuesta a que se la llevara, se la quitó con disimulo, volviendo a colocarla en el florero al introducirse en el despacho de Bevans, en un momento de distracción de éste.

Al ver de nuevo el florero adornado, Bevans..... comprendió... pero su deber... su misión, le obligaban a ser serio, severo, intransigente, juna semifiera!

—Usted ha dicho que no le gustaba mi letra—le dijo Elisa.

—En efecto, señorita... Deja bastante que desear...

—Sí, ya lo sé... En cambio puedo escribir a máquina como una descosida, y cuando vaya al otro colegio...

—¿Qué otro colegio? Ni yo, ni su abuelo de usted, aprobamos la idea de que se vaya a otro colegio... en el que las educandas son puestas en moldes; en el que se mata el espíritu y se destruye la personalidad.

—Es terrible ver que las dos personas que una respeta más se vuelven contra una. Ni usted ni mi abuelo pueden hacerme cambiar de idea. Esto es lo que hace más penosa mi estancia aquí.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir... quiero decir...

No lo pudo decir... Y en vez de hablar... se puso a llorar...

—¿A qué viene eso?—preguntóle, atónito, Bevans.

En este momento la puerta se abrió con violencia y la hoja de la misma echó a Elisa en brazos de Bevans, al mismo tiempo que aparecía Jorge, quien, celoso, ha-

bía escuchado la conversación hasta que no pudo aguantarse más.

—¿A qué viene esto?... *Y eso* (por el abrazo de Bevans a Elisa) ¿a qué viene?—preguntó Jorge irónicamente.

—¿Qué viene usted a buscar aquí?

—Soy el nuevo profesor de contabilidad, hermano de la señorita Sally Boyd. La señorita Hayes me dijo que estaba usted aquí solo...

—Sí, ¿eh? Usted, por lo visto, no aprendió maneras, cuando estudió contabilidad, ¿eh?

Jorge, tragando quina por arrobas, se retiró confuso y humillado.

Elisa no dió importancia al incidente, y sólo se disponía a escuchar atenta los consejos de su..... director. Este le decía:

—Toda joven debe saber escribir una carta encantadora. Durante un mes tendrá usted que escribir diariamente una carta.

—A usted... ¿no es eso?

—Estoy muy ocupado, señorita; pero me parece que podré corregir una carta diaria.

—¡Oh, gracias, señor Bevans! ¿Y puedo escribirle acerca de cualquier cosa?

—Puede usted escribirme lo que se le ocurra... con tal de que yo reciba de usted diariamente una carta... para corregir...

Así quedó convenido... y así quedó dichosa la enamorada Elisa.

*
**

Las profesoras, que veían que las cosas iban *in crescendo*, procuraban convencer al director a que mandase a Elisa a casa de su abuelo, pues lo que le sobraban

eran encantos y distinción; pero Bevans opinaba que su abuelo era quien debía decidir.

Sin embargo, la señorita Hayes no dejaba en paz a Bevans respecto de lo que hacía Elisa, y así aquél supo que el tenedor de libros la cortejaba.

—Elisa es demasiado joven para ese mentecato—contestó Bevans.

—¿Iloven? ¡Ca La mitad de las muchachas están



Así quedó convenido... y así quedó dichosa la enamorada Elisa.

comprometidas ya para casarse... y todas ellas están enamoradas.

—¿No irá usted a decirme que hay también alguna que está ya casada...?

Callóse la subdirectora, odiándole porque no se había dignado, siquiera una sola vez, dirigirle una frase cariñosa.

Jorge, con la complicidad de su hermana, logró dar la clase de contabilidad a Elisa sin la presencia de la segunda profesora.

—No debes ir nunca sola a la casa de este hombre... ¡nunca! ¡Aun te veo en sus brazos!—dijole a Elisa, por Bevans.

—¡Tú fuiste quien me arrojó en sus brazos!... (¡La única cosa buena que has hecho en toda tu vida!)

—Sí; pero noté que a él no le desagradaba. No hizo ningún esfuerzo para desprenderse de ti. ¡Y ordenarte que le escribieras a él todos los días! ¡Caramba! ¡Si a lo menos me escribieras a mí, aunque sólo fuera una vez!

—Eso no tiene importancia...

—Eres demasiado inocente para comprender. Ese hombre está locamente... apasionadamente... inmensamente enamorado de ti. ¡Sería capaz de cometer una barbaridad por ti!

—(¡Oh, Jorge! ¡Ojalá resultaras profeta!)

En esto, apareció Bevans, sorprendiendo a Jorge en una postura poco adecuada para un maestro, y sin vigilancia alguna.

La segunda profesora volvía a su puesto en este instante, procedente del teléfono—el truco empleado por Sally—y recibió un sermón de Bevans.

—Usted no debe moverse de aquí durante las lecciones.

Elisa se preguntaba:

—¿Será verdad que me quiere?

Jorge refunfuñaba.

Y Bevans, de buena gana, le hubiese tirado de la oreja, por atrevido.

Al nuevo amanecer, Elisa escribió a Bevans la siguiente carta:

Mi querido señor Bevans:

¿Vió usted anoche la luna? ¡Surgió de un modo tan repentino por detrás de una muy negra nube bordeada de plata! La miré largo tiempo, y vi como envolvía su casita en la magia de su luz suave; y pensé que usted también estaría saboreando, como yo, esta hermosa contemplación de la Reina de la Noche.

Suya, Elisa.

Bevans, al leerla, se sonrió y la corrigió así:

La escritura y la composición, muy buenas. Pero «SUYA, ELISA», es demasiado familiar tratándose de una persona, como en este caso, completamente extraña.

Elisa también se sonrió...

Y, jugando al Amor, llegó la víspera de las vacaciones de Pascuas.

Elisa mandó a Bevans esta nueva carta:

Mi querido señor Bevans:

Nos vamos a casa para pasar estas fiestas, de modo, que le escribo cuatro cartas para cubrir el tiempo. Pregunté a la señorita Hayes qué es lo que constituía un hogar, y se rió, y me dijo que el hogar era el lugar donde se lava la ropa.

A mi juicio, el hogar es un lugar encantador en el que una no vive sola, sino con otra u otras personas que hacen que la vida resulte un bello e ideal paraíso.

Hasta la vista, mi querido señor Bevans, espero que se encontrará usted bien y que pasará lo más felizmente posible estas largas e interminables fiestas, estos cuatro espantosos días de vacaciones.

De usted muy atenta y respetuosa,

Elisa Benedotti.

—¡Ah! ¡Esa niña, esa preciosa criatura!...—murmuró Bevans, acariciando la carta.

Desde ese momento, el director no estuvo de humor

para nada... y ya pensaba en el regreso de... sus alumnas.

La subdirectora tuvo que recibir, por Bevans, a numerosas damas que querían inscribir sus hijas para la reanudación de las clases.

Bevans no sabía por qué estaba triste... y por qué Elisa, que se le apareció inopinadamente, para despedirse de él personalmente, había aliviado, con sus risas y dulces miradas, su tristeza.

—Adiós, señor Bevans.

—Adiós, señorita Elisa.

Y él la vió partir, y sintió como un vacío en su alrededor...

Apenas se habían marchado las colegialas, las dos profesoras se presentaron a Bevans con sorprendente precipitación, y, escandalizadas, le dieron a leer unas cartas escritas por Jorge a Elisa, que aquéllas habían descubierto.

Bevans leyó:

¿Por qué no has querido mirarme hoy? Me tratas como a un perro, y sin embargo te amo.

Mi amada. ¿No ves acaso que ese tipo está enamorado de ti? ¡Oh, qué feliz me harías si me escribieras una nota todos los días! Y el quemante pensamiento de que todos los días le escribes a él, me enloquece.

—¡Pobre idiota!—exclamó Bevans, por Jorge. El también se ha marchado, ¿verdad? Su familia es amiga de la de la señorita Elisa, y es probable que se vean en reuniones. Mi deber me obliga a ir a ver al señor Johns, y hablarle de esto.

—Pero... ¿y la reputación de nuestro Colegio?—objetó la subdirectora—. Son dos los galanteadores de Elisa.

—¡Aquí no ha habido escándalo, ni cosa parecida, señorita! Yo arreglaré este asunto.

Bevans partió en auto, y mientras él llegaba a destino, las profesoras, buscando nuevas cartas en los papeles del contable, encontraron, en un viejo libro, un documento firmado por la señora Bevans, tía de Agustín. Ese documento era su testamento, ignorado de todos.

—¡Cielos!—gritó la señorita Hayes.—¡El colegio es mío! Lea, señorita Lucrecia... ¡Oh, qué suerte!

La segunda profesora leyó:

Como mi sobrino Agustín Bevans se ha mostrado hasta aquí frívolo e irrespetuoso, le lego a él la cantidad de un dólar; y el residuo de mis bienes y propiedades, entre los que incluyo el Colegio Bevans de Señoritas, dispongo que pase a poder de la señorita Filomena Hayes, en consideración a sus fieles y leales servicios como subdirectora del referido colegio.

Por el presente escrito nombro a la indicada Filomena Hayes ejecutora de esta mi última voluntad y testamento.

Sofía Bevans.

—¡Qué suerte, señorita Hayes!

—¡Oh, sí! ¡Me lo dejó todo a mí!... ¡Debo correr a la casa de Homero Johns y evitar que Bevans dé un escándalo!

En los salones del abuelo de Elisa había baile y festejo.

Bevans sorprendió a Elisa y Jorge juntos, en un saloncito, y no le agradó la sorpresa.

¿Qué le pasaba a Agustín? ¿Su seriedad, su incorruptibilidad, etc..., dónde iban a parar?

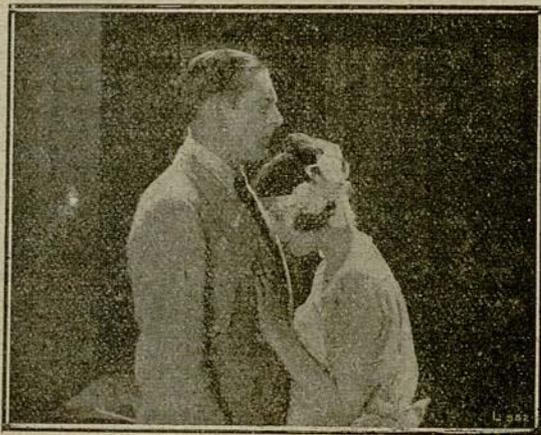
Inmediatamente habló con el señor Johns delante de

Jorge y Elisa, que no cabía de gozo al ver a su amor en su casa.

El señor Johns calmó al ardiente y furioso Jorge, y el asunto quedó zanjado.

Elisa y Bevans se quedaron rezagados en el citado saloncito, y no osaban hablarse.

—¿Por qué tiembla usted, Elisa?... ¿Tiene usted miedo de mí?—le preguntó, al fin, Bevans.



—No me hable usted así, niña... ¿Qué dirían de mí todos?...

—Sí... no... miedo precisamente, no... ¡Es que yo amo a usted, señor Bevans! ¡Oh, sí, le amo con toda mi alma! Solamente usted... usted... es mi vida.

—No hable usted así, niña... Yo no se lo puedo permitir... ¿Qué dirían de mí todos? Su posición... la mía...

—¡Oh, señor Bevans! ¡Yo le amaré siempre... aunque usted no me ame!

Simultáneamente, la subdirectora llegaba a la casa en fiesta, y enteraba a Jorge de la gran noticia, y ambos sorprendieron a Bevans con Elisa abrazada a él.

—¿Con qué gusto le dijo la profesora a Bevans que él ya no pintaba nada en el Colegio!

Jorge, reconocido inocente por la señorita Hayes, que achacó la culpa de todo a Bevans, volvería al colegio... y abrigaba la esperanza de conquistar a Elisa.

También sucedía otra cosa.

El señor Johns hablaba de Bevans a la orgullosa madre de Susana, la ex pretendida del joven, las cuales asistían a la fiesta, y las alabanzas que aquél hacía del genio del vendedor de automóviles, y la noticia de que dicho señor tenía la intención de proponerle un cargo importante en su Banco, con una renta espléndida, hizo cambiar de opinión a la aludida señora, y de nuevo la hija se cruzó en el camino de Bevans.

Elisa estaba triste, pensando en que tal vez ya no vería más a Bevans, a quien acababa de prometer que no volvería al colegio, y la madre de Susana fué a su encuentro, para verter el veneno de los celos en su corazón.

—¿No sabía usted que Susana y el señor Bevans se uerían? Sí... Cupido es terrible... Es indudable que se casarán.

—Dispense... Voy a mi cuarto...

Elisa, llorando, escribió una carta para Bevans, y se la hizo entregar en el acto.

Bevans, antes de recibir dicha carta, vió a Elisa, y, a pesar de que él estuviera con Susana, se adelantó a hablarle, pero aquélla le despreció.

Susana, al comprender que Bevans ya no era el mismo, también le despreció.

Y fué entonces cuando un criado le entregó la carta de Elisa, que decía:

Me ha roto usted el corazón, ingrato.

No quiero verle más... Tampoco quiero ser distinguida ni encantadora, así es que creo que voy a casarme con Jorge... Por lo menos, de lo que estoy segura es



... y de nuevo Susana se cruzó en el camino de Bevans.

de que me voy al colegio con la señorita Hayes, Jorge y Sally, a quienes he avisado,

Adiós para siempre.

Elisa.

—¿Se va? ¿Es posible? ¡Oh, no! Si he perdido el colegio, me alegro. El empleo que acaba de ofrecerme el señor Johns, vale mucho más... y puedo pensar en tener un hogar. Pero todo lo diera por tenerla a ella, sólo a ella. ¡No, no, no se irá!

Y, temiendo que se fuera, Bevans salió de la casa, vió a la señorita Hayes, con Jorge y Sally, en un auto, esperando a Elisa, subió al suyo para lanzarlo en camino del colegio, si Elisa se negara a escucharle antes de reunirse con sus amigos, y, ¡oh venturoso encuentrol, se vió frente a frente con ella, que estaba oculta en su coche, muy acurrucadita al lado del asiento del «chouffeur».

—Ya sabía yo que me encontraría... si realmente me amaba usted...—dijo, en voz queda, Elisa.

—¡Qué alegría, mi nena! Sigue escondida hasta que yo te avise... ¡Menudo chasco se van a llevar todos mañana, cuando volvamos casados!

Partió, veloz, el auto de los enamorados...

Jorge, *esperando aún*, se burló de Bevans:

—¡Pobre idiota!—exclamó.—¡Le hemos vencido!

Cupido, en motocicleta, hizo detener el auto de los novios, y, para que nadie los estorbase, les entregó un permiso de libre circulación hasta la casa del pastor.

¡Cuidado! ¡Ojo! ¡Atención! ¡Esto no es un auto! ¡Es un bólido! ¡Paso!

¡EL AMOR TIENE PRISA!

*
*

Poco después, Elisa, ya desposada, recibía, en plenos labios, el primer beso que con tanta ilusión había anhelado.

...Y aquí se corre la cortina...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.
